

Keegan, J. (2013). *El rostro de la batalla*. Madrid: Turner. Capítulo IV. El Somme, 1 de Julio de 1916.

Por Guido Chiossone



El campo de batalla

Cuando se inspecciona el territorio de lo que fue el campo de batalla se encuentran objetos, conos y esferas oxidados, deformados, llenos de tierras, los cuales no son productos agrícolas, sino bélicos. Al finalizar el período de labranza, oficiales del ejército francés del servicio de desactivación los llevan a un lugar seguro donde desactivarlos. Pero los depósitos que se acumulan en el Somme difieren en dos aspectos de los de otros sitios. En primer lugar, se dan en mayor cantidad. En segundo, la mayoría de los restos son británicos, pues el Somme fue territorio británico.

El Somme ofrecía un frente de ataque inmenso que podían asaltar veinte divisiones por cada lado. En él, los británicos emplearon por primera vez los tanques en una acción, el 15 de septiembre de 1916 sobre el pueblito destruido de Flers. Dos años más tarde organizaron el primer gran avance acorazado de la guerra moderna. Las que hicieron “británico” al Somme fueron las batallas de 1916 y 1918: Bazentin, Pozières, Morval, Thiepval, Villers-Bretonneux. Pero ningunas más que la primera batalla, la de Albert; ni su primer día, el 1 de julio de 1916. Sin embargo, el Somme era en 1916, un territorio virgen para gran parte del ejército británico. A mediados de 1915, el embrión del tercer ejército había ocupado un pequeño sector al norte del río. Estos pequeños sectores, resultaron familiares al nuevo cuarto ejército: las trincheras estaban cuidadas y limpias, y con un trazado casi reglamentario, con alambradas contiguas en el frente, con parapetos y parados, con ramales, y con una línea de apoyo y otra de reserva a determinada distancia, conectadas entre sí por trincheras de



comunicación. De esta manera las brigadas del cuarto ejército podían organizar una vida de trincheras haciendo rotar a sus cuatro batallones entre el frente, la reserva y el descanso en ciclos de 16 días. Por otro lado, las divisiones del tercer ejército que, por un movimiento transversal habían heredado un sector de los franceses, salieron perdiendo; pues estos no habían realizado en absoluto guerra de trincheras en el Somme. Para ellos era un sector inactivo que pretendían con el mínimo de soldados de infantería en la línea de frente.

El plan

Esto cambiaría, pues los franceses y los británicos planificaban una ofensiva en el frente occidental y el sector elegido era a través del Somme. Solo había tres sectores en los que la orientación del terreno y la dirección de los ferrocarriles favorecían un ataque aliado: El Somme, Artois y la Champaña. El método que se utilizaría sería el de usure (desgaste) porque los aliados consideraban que la postura alemana en el Frente Occidental era defensiva. Pero se llevaron una sorpresa cuando en febrero de 1916 los alemanes iniciaron una ofensiva en Verdún. Producto de las grandes bajas, los generales franceses y británicos, Joffre y Haig, decidieron adelantar la fecha de ofensiva en el Somme, acordando el 1 de julio. Los británicos atacarían por el norte, los franceses por el sur.

Los preparativos

Durante la primera mitad del año se habían ocupado de la infraestructura (carreteras, ramales de ferrocarril, hospitales, etc.). El esfuerzo final y más importante correspondía a la artillería, la cual se dividía en dos partes. La primera sería el bombardeo durante una semana al frente alemán. La segunda parte sería la barrera, la cual consistía en una cortina de proyectiles que explotaban por delante de la línea de infantería, con el objetivo de



impedir al enemigo moverse desde sus abrigos hasta sus posiciones, hasta que fuese demasiado tarde para hacer frente al ataque.

El ejército

En este punto, el autor decide resaltar algunos batallones en particular por ciertas características subjetivas. Primero porque estaban compuestos por voluntarios. El motivo que impulsaba a un civil a alistarse era más que la pobreza, el autor pone énfasis en escapar a ciertas costumbres propias de familias de clase trabajadora victorianas, principalmente el matrimonio. Muchos, también, abandonaban empleos estables y bien pagos. Las cifras eran tan altas, que desbordaba al ejército su capacidad de entrenarlos, vestirlos y armarlos. El reciente secretario de guerra Kitchener, había pedido en un principio un incremento de unos 100.000 hombres para reforzar el ejército regular, pero para la primavera de 1915 contaba con 6 veces esos 100.000, con lo que conformó 5 nuevos ejércitos. Los primeros en llegar pudieron elegir los nombres para sus unidades y en algunos casos a sus oficiales. Estos conformaron los llamados batallones de amigos (Pals' Battalions).

Los soldados de los ejércitos de Kitchener eran llamados por la propaganda los “ciudadanos soldados”. Estos batallones no tuvieron durante su formación, ni meses después, ningún conocimiento de técnica militar. A pocos de estos batallones se les solía asignar más de tres oficiales y tres suboficiales, que solían ser de segunda clase. El Ministerio de Guerra terminó optando por otorgar los nombramientos a los jóvenes que reunieran las condiciones necesarias, lo estipulado era la posesión de certificados A o B concedidos por el Cuerpo de Instrucción de Oficiales (OTC), aunque en la práctica solía bastar con haber estudiado en uno de los colegios privados que impartía la formación OTC. De esta manera se produjo una de las confrontaciones sociales más significativas de la historia británica, cuando estos jóvenes finamente educados se encontraron con sectores de



la clase obrera alistados en el ejército. Las relaciones solo fueron posibles gracias a, por un lado, las ganas de enseñar, animar y ser aceptado; y por otro lado, de aprender y ser dirigidos. Esto provocaría finalmente la transformación de las actitudes de las clases medias británicas por los pobres en Gran Bretaña.

Completando el ejército que iba a atacar en el Somme estaban las divisiones de la fuerza territorial, cuya existencia se debía a una vieja locura por el militarismo amateur que se apoyaba en el simple placer burgués de llevar uniformes y jugar con los títulos militares. En conclusión, de los batallones que tomarían parte el 1 de Julio, solo una cuarta parte conocían la milicia en tiempos de paz.

Las tácticas

La percepción de esta falta de experiencia era evidente en el cuartel general y en el estado mayor del 4to. Ejército, por lo que habían preparados planes simples. De las once divisiones de primera, las seis que no habían estado en combate debían abandonar sus trincheras cuando cesase la preparación artillera y avanzar detrás del fuego de barrera, esto equivaldría a la táctica británica. Junto con estos debía atacar una fuerza francesa por las dos orillas del río Somme. La táctica francesa ponía el énfasis en el avance rápido de pequeños grupos mientras otros los apoyaban con fuego. Los británicos, que no desconocían esta sofisticación del tradicional “fuego y movimiento” consideraron que era demasiado difícil de enseñar para las divisiones Kitchener, por lo que dispusieron de una táctica más simple. En este sentido parecía que el éxito dependía de lo que pudiera hacer la artillería a favor de la infantería. La artillería comprendía una gran variedad de armas con distintas municiones: la artillería de campaña, compuesta de cañones de dieciocho libras y obuses de 4,5 pulgadas que disparaban granadas pequeñas o granadas de gas (mas raramente);



la artillería de calibre medio, con cañones de sesenta libras y 4,7 o 6 pulgadas que disparaban granadas de gran potencia explosiva; y una variedad de obuses pesados de 6, 8, 9,2, 12 y 15 pulgadas. Además, las brigadas de infantería controlaban sus propios “morteros de trinchera” de 2, 3 o 4 pulgadas. El alcance, el peso de la granada y la trayectoria determinaban las misiones de las armas. Los morteros de trinchera se utilizaban contra blancos próximos, las trincheras enemigas para tratar de deshacerlas; y las alambradas, para tratar de cortarlas. Esto último era la función más importante de la artillería, porque de no lograrse, el avance de infantería se vería detenido la mañana del día de ataque al otro lado de tierra de nadie.

Por otro lado tenemos la defensa alemana. Los pueblos eran los puntos fuertes de la línea alemana, pero el elemento más importante de defensa en ellos era el fuego de ametralladora. La artillería pesada británica iba a dedicar los seis días de la “preparación” a la destrucción de estos asentamientos. Para nuestro autor, la aparición de la ametralladora fue el hecho más importante porque se trataba de una máquina, y de un tipo muy avanzado. El que manejaba la ametralladora era considerado el cerebro de la máquina. Afirma que la ametralladora no había disciplinado el acto de matar, sino que lo había mecanizado o industrializado. Esta tenía como característica el ser portátil, ocultable y compacta.

Por tanto, si se consideran los preliminares del 1 de julio como una confrontación entre tecnologías, la artillería pesada británica competía en términos desiguales con las ametralladoras alemanas.

El bombardeo inicio el 24 de junio, estaba previsto que durara cinco días, pero una demora en el día D hizo que durará 7 días. Por su lado, los alemanes se dispusieron a aguardar en sus refugios el cese del fuego. El bombardeo británico continuaba durante el 26, 27 y 28 de junio como sin método. El 30 de junio fue una repetición de días anteriores, la mayoría de los alemanes estaban en los abrigos todavía intactos.



Nuestro autor dice que la batalla estaba a punto de comenzar y que su primer acto, realmente decisivo, iba a ser “la carrera hacia el parapeto”: una carrera que para los británicos se extendía desde su propia trinchera de vanguardia hasta tierra de nadie; y para los alemanes, desde el fondo hasta arriba de las escaleras de sus abrigos. Se pregunta ¿cómo había poderse perdido el esfuerzo de la artillería británica? Aquí la explicación es técnica. Una vez desconectada la metralla queda el efecto de los obuses y de los cañones pesados. De un total de doce mil toneladas –el peso de las granadas lanzadas a los alemanes-, solo unas novecientas era de explosivo de gran potencia. Lo que ocurrió fue que la gran mayoría se disipó en el aire, lanzando hacia arriba una masa de material de superficie, que resultaba visualmente impresionante (las escenas típicas de la Primera Guerra Mundial); pero que hacia abajo ocasionó una conmoción insignificante. Las granadas que los proyectiles británicos dispararon contra los alemanes no eran las adecuadas y a menudo estaban mal hechas. También pesó el hecho de la falta de experiencia de muchos artilleros británicos, los de guarnición y los de campaña.

La batalla

La batalla del Somme iba a ser en muchos aspectos un acontecimiento más simple que Waterloo, al menos en la variedad de grupos armados de que tuvieron lugar sobre el terreno. En Waterloo se asistió a siete clases distintas de encuentros: artillería contra artillería, contra infantería y contra caballería; caballería contra caballería y contra infantería; infantería contra infantería; y combate individual. Algunos de ellos no pudieron producirse en el Somme, pues los caballos habían desaparecido del campo de batalla. También el combate singular había dejado de ser una opción, pues en un campo de batalla barrido por las balas, los soldados no podían ponerse a disposición para ello. Lo más parecido a un combate individual, dice el



autor, era el juego de “bombardear los ramales”, en el cual característica principal era que no se veía al enemigo. Por lo tanto solo había tres tipos de encuentros posibles en el Somme: artillería contra artillería; artillería contra infantería; e infantería contra infantería.

Infantería contra ametralladoras

Una vez que los británicos habían dejado sus trincheras para avanzar hacia el asalto, no le fue demasiado bien a la infantería contra las ametralladoras alemanas. Sufrieron amplias pérdidas y los motivos son en parte los detallados más arriba.

Infantería contra infantería

El principal inconveniente con el que se topó la infantería británica era que en muchos lugares se encontraron con las alambradas sin cortar, prueba de la incompetencia de la artillería.

Luego remarca que en Julio de 1916, pocos artilleros sabían cómo hacer para que una barrera se “arrastrase” a un ritmo de marcha regular sobre un terreno ocupado por el enemigo, y, por prudencia, pocos soldados se arriesgaban a acercarse demasiado. Tarde o temprano, casi todos los batallones “perdían” la barrera, las razones de estas pérdidas eran las mismas: la infantería llegaba demasiado desorganizada por sus pérdidas como para poder continuar; o era entretenida demasiado tiempo por los defensores alemanes y la barrera se marchaba sin ella; o llegaba tan agotada por el esfuerzo físico o nervioso y se detenía a descansar.

Además de estas tres características, se enumera una cuarta, la cual es denominada impasse. Producto de la situación del campo de batalla y de las trincheras ubicadas en zigzag, soldados de ambos bandos podían aproximarse bastante sin causarse excesivo daño aunque consientes de la presencia enemiga. El modo de resolver este impasse era arrojando una



granada de mano por encima de la trinchera, y dando la vuelta a la carrera para llegar justo después que hubiese explotado. Esto era muy peligroso debido a que uno podía encontrarse con la explosión de la propia granada, o con el fuego de un soldado ileso.

La visión al cruzar tierra de nadie

A pesar de todo el primer día del Somme no había sido un fracaso militar, pero sí una verdadera tragedia humana, al punto que algunos llegaron a considerar que las trincheras fueron los campos de concentración de la Primera Guerra Mundial.

¿Por qué los altos mandos no frenaron a un batallón que seguía el camino de otro que ya se había encontrado con la muerte? Sí frenaron algunos batallones, pero la realidad es que la mayoría de los batallones que tenían previsto atacar y atacaron, sin importar lo que le pasaron a los anteriores. Las razones de esto son diversas: una es el habitual sentido militar de compromiso con un plan; otra, es el estilo de los mandos de la época, educados en la creencia de la inevitabilidad de las bajas; la tercera sería la idea de auto-sacrificio que impregnaba a los ejércitos. Pero la más decisiva para el autor, fue la ignorancia que tuvo todo el lado británico acerca de lo que estaba sucediendo durante la mayor parte de la jornada.

Esta incomunicación durante las primeras horas, fue producto del bombardeo y la humareda. Habían fallado todas las comunicaciones visuales y telefónicas. Se tuvo que depender de mensajeros. La razón de esto es sencilla. El sistema de comunicación era integral, se basaba en el teléfono y en el telégrafo, y corrían a través de una malla muy elaborada de “líneas terrestres” o “líneas aéreas”. Las “líneas aéreas” iban desde principales cuarteles generales hasta el cuerpo y la división. A partir de la división, y hasta la brigada y el batallón, las líneas dejaban sus postes para ir por tierra, pasando a ser “líneas terrestres”, enterradas bajo los enrejados de



madera del suelo, cuanto más se acercaban a la primer trinchera mas se enterraban, llegando a enterrarse hasta un metro ochenta. Esta instalación era lo que más tiempo había consumido, pero estaba justificada porque garantizaba la comunicación incluso bajo el fuego más intenso. Pero tenía una limitación, se interrumpía al llegar al borde de tierra de nadie. Al abandonar sus trincheras, las tropas quedaron más allá del sistema de comunicaciones.

Hoy parece incomprensible esto, dice el autor, y es porque estamos acostumbrados a pensar que la radio proporciona comunicaciones instantáneas con todo el campo de batalla. Los altos mandos no ignoraban este riesgo, pero producto de la ampliación del campo de batalla y, del alcance y el volumen de fuego, los generales ya no podían observar las batallas desde vanguardia. Así que se aceptaba que el principal trabajo del general debía realizarse en el despacho, antes del comienzo de la batalla. Fueron estas discontinuidades en la recepción de información las que hicieron imposible el control de la batalla. Los mandos no lograban saber dónde estaban los soldados.

Los heridos

El autor dice que la continuación del ataque a lo largo del día provocó que fuesen muchos los heridos sin necesidad y que permaneciesen agonizando en tierra de nadie durante todo el día.

Las heridas de Waterloo habían sido por lo general simples y únicas: penetraciones o perforaciones de lanza o de bala a poca velocidad, o cortes de sable. Las posibilidades de supervivencia del paciente eran altas. Las heridas del Somme, fueron mucho más variadas y severas. Las de arma blanca casi habían desaparecido, representaron el uno por ciento de todas las heridas de la Primera Guerra Mundial. Las de balas alcanzaron un treinta por ciento. Las heridas de granada eran las más terribles de



todas debido a los múltiples efectos que sus explosiones podían provocar en el cuerpo humano. Los fragmentos de metralla causaban heridas severas; además, solían incrustar fragmentos de uniforme, lo que hacía inevitable las infecciones.

La mayoría de las heridas eran nuevas para los cirujanos. La cirugía fue en muchas ocasiones necesariamente drástica, siendo las amputaciones mucho más comunes que en la Segunda Guerra Mundial. Las heridas grandes, donde la infección se presentaba desde el principio la cirugía, no tenían remedio.

A pesar de la intensificación de los daños para el soldado en la Primera Guerra Mundial, la medicina podía hacerle frente. Se había desarrollado un sistema para evacuarle si era herido, tratar sus heridas y devolverle la salud. El primer punto de este sistema era el puesto de primeros auxilios del regimiento. A los que no podían tratar, su destino era el puesto de clasificación de bajas, de donde serían trasladados a un hospital de base.

Pero aún quedaba una tarea de selección en la cirugía militar. Se llamaba triage, o “clasificar”. Consistía en que los cirujanos decidían quiénes podían soportar un traslado, quiénes debían ser intervenidos de urgencia y a quiénes había que dejar morir. Por otro lado, en la retaguardia del puesto de socorro había mucho transporte, pero en vanguardia era escaso. La evacuación recaía sobre treinta y dos camilleros, capaces de trasladar a dieciséis heridos necesitando una hora o más para cada viaje.

La motivación para el combate

Muchos no estaban preparados. En vísperas del Somme, varios soldados se auto-provocaron heridas para evitar ir al frente. Sin embargo, hay razones que motivaron a muchos. El autor dice que se ha visto que actuaban factores especiales que estaban implícitos en la composición y experiencia –o inexperiencia. Pero además de su cohesión, su sentido de la



misión, su espíritu de auto-sacrificio y su patriotismo, había otros elementos como la autoconfianza y la credulidad. Pero también hay razones para pensar que el liderazgo fue de más calidad y tuvo mayor significación en la Primera Guerra Mundial –al menos en el ejército británico– que antes o que después. Aquí se vuelve a hacer hincapié en la relación de los jóvenes que pasaron a ocupar los puestos de oficiales. Esto se debió en parte a que eran los más preparados, producto de que provenían de los colegios privados, y el regimiento británico era una creación, una extensión, de los colegios privados victorianos.

Aquí también dice que como motivación hay que descartar la esperanza de botín. La coerción, por su parte, seguía siendo un agente importante para llevar los hombres a la lucha. Sin embargo, este factor no nos responde del todo a las motivaciones, por lo que prefiere analizar qué es lo que motivaba a los alemanes a combatir. La topografía del campo de batalla ejercía una poderosa influencia. La explicación de por qué los alemanes ametrallaron tan ferozmente, se debe a que rendirse era deshonroso y peligroso, mientras que huir era imposible.

Esto le permite explicar que al igual que a los alemanes, a la infantería británica la impulsaban a seguir hacia adelante factores mecánicos y topográficos. En muchos casos, lo más seguro era seguir presionando hasta la siguiente trinchera enemiga. Alcanzarla significaba ganar espacio a retaguardia en caso que sea necesario maniobrar una posterior retirada, y servía para dejarle espacio a las siguientes oleadas que podían funcionar de refuerzo en caso de contraataque enemigo.

